

Un aroma

Camila González

Un aroma sutil le llegó desde el fondo de la cocina. Escrutó los mesones, el lavaplatos, la puerta, incluso el techo, pero no halló nada extraño. Se volvió lentamente hacia la estufa y continuó vertiendo agua en la olla que acababa de poner al fuego.

Aquel aroma la había estado persiguiendo todo el día. Casi estaba segura de que pertenecía a alguien conocido, pero no podía identificar a quién. Sacó uno a uno los ingredientes y empezó a picarlos distraídamente.

El olor del tomate ahogó aquel aroma extraño y espantó la inquietud que, por breves momentos, había llenado a la mujer.

Dejó caer la pasta de tomate en el sartén, y cuando estiró la mano para tomar el cuchillo de nuevo, sus ojos pasaron sobre la franja de piel blanca en el dedo anular. Aunque el anillo no había ocupado ese espacio durante dos años, la marca seguía ahí para recordarle la noche en que la cama le pareció demasiado grande para ocuparla toda y demasiado fría para que le permitiera conciliar el sueño.

Tomó el cuchillo con una mano y la cebolla con la otra.



Había creído que ese matrimonio duraría para siempre, que sería el último y la acompañaría hasta el día de su muerte. Se había equivocado. Había tenido la esperanza de tener hijos, pero sin un hombre era imposible, y no le parecía justo someter a un niño a una vida solitaria con una madre que se ausentara para mantenerlo y un padre ausente por falta de compromiso.

Para ella, una infancia solitaria desembocaba, irremediablemente, en una vida solitaria.

Durante su niñez su abuela se “ocupó” de ella. Se “ocupó” porque no era su trabajo hacerlo y nada más se encargaba de proveerle comida y compañía ocasional. Sin embargo, la recordaba con cariño.

La cebolla cayó junto al tomate; al cabo de un rato, modificó el olor, lo volvió más agrio.

En las vagas imágenes que ocupaban su memoria, su abuela estaba siempre en la cocina, rodeada de todo tipo de olores. Tarareaba en silencio, pues la mujer no recordaba la melodía, y sonreía. Parecía feliz.

Mientras la cebolla tomaba color, el aroma volvió a hacerse presente. No provenía de ningún rincón de la cocina, estaba más cerca.

Tomó la camisa, la alzó hasta su nariz y la olió. El olor de la cebolla había impregnado su ropa, resultaba desagradable. Como por acto de reflejo tomó un mechón de cabello y lo olió, la cebolla lo había alcanzado también. Se sintió molesta, bajó el fuego hasta el tope y salió de la cocina mientras se quitaba la blusa.

Cuando la prenda alcanzó su nariz descubrió que el aroma estaba justo allí. Se quedó quieta en el pasillo con los brazos en alto y la blusa aún sobre la cara, y cerró los ojos.

Su abuela tenía el cabello blanco, las manos cubiertas de manchas y la cara poblada por arrugas que guardaban celosamente los olores de la cocina.

Descubrió el olor de la cebolla y el de su cabello, que era un poco más dulce. Había algo más, algo que tiraba de sus recuerdos y la hacía evocar a su abuela tarareando en silencio, ocupando la cocina.

Su abuela olía a algo picante como la cebolla y algo dulce como las cremas que solía usar. Y algo más que hacía que esa mezcla de olores fuera indiscutiblemente suya.

Apretó la blusa contra su nariz y aspiró fuerte, la cebolla y el detergente llegaron a su nariz, pero nada más. Tiró la blusa a un lado y aferró lo que pudo de su cabello para olerlo, cebolla, champú, la cebolla estaba en todos lados. Dobló el cuello todo lo que pudo, estiró la copa del sostén hacia adelante, había sudor y un jabón dulce. Sus manos brincaron inmediatamente a la cremallera, se sacó el pantalón a los tirones, lo acercó a su nariz, detergente, sudor, nada más.

Tiró el pantalón a un lado. El aroma seguía allí. Sus ojos se pasearon frenéticos por la ropa en el suelo y llegaron, finalmente, a su cuerpo. Levantó un brazo y lo apretó contra su nariz, encontró algo sutil, familiar, amargo. Se pasó las manos por la cara y descubrió el aroma sujeto a sus manos, se arrodilló y lo encontró en sus piernas y pies, cubría toda su piel.

El olor le recordaba a su abuela muda, cocinando, sonriente. Apretó los ojos, se obligó a recordar con las manos aplastadas contra su nariz, inhalando el olor a cebolla, champú y el aroma que resultaba extraño y familiar al mismo tiempo.

De repente, los recuerdos cesaron, solo vio negrura. El olor subió por su nariz y alcanzó el lugar más profundo de su cabeza. La melodía empezó a sonar. Era una melodía simple, pacífica, una melodía que su abuela le cantaba mientras la abrazaba, la aferraba contra su pecho y la impregnaba con su olor, el mismo que la mujer había encontrado aferrado a su piel, su olor a anciana.

